

7

FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD: IV. EL HERMANO

40 *Porque el Padre se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres y el Hijo, que se identificó totalmente con ellos, continúa presente en los pobres, ellos son para nosotros sacramento de la presencia de Dios y lugar inequívoco de encuentro con él.*

El Espíritu, que dinamiza los procesos históricos de los pueblos oprimidos, nos impulsa a la comunión con ellos y con su lucha por la liberación.

Aunque el número 40 del Ideario se refiere sólo al encuentro con Dios en los pobres, es necesario encuadrar este encuentro en otro más amplio: el encuentro con Dios en el prójimo.

1. Encuentro con Dios en el hermano

Frente a la antigua concepción intimista de la espiritualidad, que encontraba su ámbito más propicio en el templo, ahora decimos que es tiempo del encuentro con Dios, sin menospreciar el otro, la realidad: el hermano, el pobre, el pueblo con todas sus situaciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas. Ahí Dios se ha dado cita con nosotros, ahí experimentamos su presencia. En el amor al prójimo es donde seguimos a Cristo y proseguimos su obra de amor, de servicio y de liberación.

Uno de los ejes fundamentales de la espiritualidad actual es la conversión al ser humano. Esta afirmación, si no se entiende bien, se puede tomar como una postergación de la importancia de Dios en nuestra vida. Toda conversión, que implica siempre un cambio de centro de gravedad de la propia vida, es conversión a Dios. Pero ¿dónde está Dios y cuál es el camino para llegar a él?. Dios está, ante todo, en su obra predilecta, la criatura humana. “El cristianismo es la única religión donde encontramos a Dios en los hombres, especialmente en los más débiles”⁸⁶. Cristo está presente en el ser humano, sobre todo y de manera más viva en el pobre (Mt 25, 35-40). Por eso la conversión a Dios más inequívoca es la conversión al hermano, sobre todo, al pobre (1Jn 3,17; 4, 20).

Y esto no es una postergación del amor y del culto a Dios. Al contrario, es el verdadero culto cristiano, que es existencial y no ritual, como ya dijimos al hablar del sacerdocio de los fieles. Los judíos rendían culto a Dios en el templo de Jerusalén mediante ritos, incienso y sacrificios de animales. Cristo, con la entrega de su propia vida por los demás, acabó con el culto ritual. Los ritos que Dios quiere son los gestos concretos de amor al hermano. Para los judíos “la gloria de Dios” habitaba en la parte más sagrada del templo, llamada “santo de los santos”; para Jesús y sus seguidores, la gloria de Dios están en el ser humano. Ya un escritor del siglo II, San Ireneo, escribió que la “gloria de Dios es el hombre viviente”. Glosando la frase que ya cité en otras ocasiones, podemos decir que la gloria de Dios está en que todos los seres humanos vivan con la dignidad de hijos de Dios. Y no sólo la persona individual, sino como pueblo que se organiza y se convierte en sujeto de su propia vida e historia.

Como dice un himno litúrgico, “Señor, a ti te busco, levanto a ti las manos y el corazón, al

⁸⁶ S Galilea, *El seguimiento de Cristo*, Bogotá 1981, p. 26

despertar la aurora: quiero encontrarte siempre en mis hermanos”⁸⁷.

Jon Sobrino dice que el amor al hermano es “la condición de posibilidad de que exista la experiencia de Dios en cuanto trascendente”⁸⁸y, por supuesto, en cuanto inmanente. Desde esta perspectiva, el encuentro con el hermano por amor es oración; para algunos incluso es la única oración, por ser comunión con Dios, experiencia de Dios, que transforma nuestra vida, ya que nos lleva a imitar el amor de Dios y a seguir los pasos de Jesús que siempre amó hasta el extremo.

A veces decimos que el amor a Dios y al prójimo no son dos amores distintos, sino el único y mismo amor que tiene dos polos de referencia: Dios y el prójimo. Habría que añadir que no son dos polos separables, incluso que no son dos polos, sino uno solo, porque el verdadero amor a Dios toma siempre la ruta del prójimo y acontece en el amor fraterno. El amor al prójimo es la manera más real e inequívoca de expresar el amor a Dios.

Jesús equipara ambos mandamientos y quizás, como dicen algunos escrituristas, los fundía en uno solo: el amor al prójimo. Boismard, por ejemplo, cree que en el texto primitivo de Mc la respuesta de Jesús al escriba es sólo esta: “el mandamiento más grande es el amor al prójimo”⁸⁹, sin hacer referencia explícita al amor a Dios.

“El y mi prójimo no son propiamente “dos”: amar a mi prójimo significa amarlo en su verdad, y ésta incluye ya a Dios; amar a Dios significa amarlo a él, pero en él como Creador está ya también incluido el prójimo, de modo que necesariamente amo también a éste al amar a Dios que lo está generando, amando y sustentando. Ruysbroek (siglo XIV) escribió: “Si estás en éxtasis y tu hermano necesita un remedio, deja el éxtasis y vete a llevarle remedio a tu hermano; el Dios que dejas es menos seguro que el Dios que encuentras”. San Vicente de Paúl decía: “Si fuese voluntad de Dios que tuvieseis que asistir a un enfermo en domingo, en lugar de ir a misa, aunque fuese obligación, habría que hacerlo. A eso se llama dejar a Dios por Dios”⁹⁰.

Es bueno recordar aquí que en los dos pasajes en que Pablo habla de la plenitud de la ley y del único mandamiento, dice que “toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Ga 5,14) y que “el que ama al prójimo ha cumplido la ley, en efecto, lo de no adulterarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Rm 13,8s).

“No existen lugares más seguros para percatarse de la presencia de Dios que aquellos en los que se anuncia algún tipo de amor: allí, con toda certeza, está. Jesús no se cansó de repetirlo, elevándolo a criterio supremo: en el gesto mínimo del vaso de agua, igual que en lo arriesgado de visitar a un preso, contamos con la seguridad infalible de que allí está Dios”⁹¹.

“Dios nunca “acontece” tan honda, intensa y puramente como cuando un hombre o una mujer acuden en ayuda de otro hombre o de otra mujer. No podía ser de otro modo, dado que “Dios es amor”, y en las personas culmina su movimiento creador”⁹².

2. Nos encontramos con Cristo en el hermano

⁸⁷ Laudes, miércoles I.

⁸⁸ J. Sobrino, *La oración de Jesús y del cristiano*, 1986 p. 51

⁸⁹ P. Benoit, M. E. Boismard, *Sinopsis de los cuatro evangelios*, p. 353.

⁹⁰ Torres Q. *Recuperar la creación*, p 140-142

⁹¹ Ib. p. 89

⁹² Ibid. p. 134

En el amor al prójimo no sólo nos encontramos con Dios Padre, sino también con su Hijo Jesucristo. La respuesta al amor extremo que Jesús nos ha demostrado al dar su vida por nosotros, no consiste en dar nuestra vida por él en reciprocidad de circuito cerrado, sino por los hermanos, como dice, con una lógica sorprendente, el conocido texto de Juan: “El sacrificó su vida por nosotros y en eso hemos conocido el amor; así, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3,16). Este modo de razonar nos muestra que él está en los hermanos y que el modo de dar nuestra vida por él es darla por los hermanos. Y nuestros hermanos son todos los hombres y mujeres. La idea del prójimo que tenían los judíos y que se refería solo a los de su país, Jesús la abrió a todo el mundo y con preferencia a quienes los judíos no reconocían como prójimos: los samaritanos o extranjeros, los enemigos, los pobres, los enfermos, los pecadores.

Gracias a la encarnación y a la resurrección de Cristo, todas las personas han quedado convertidas en sacramento de la presencia de Cristo y en lugar de encuentro con él. Él está presente en todos, pero, mientras en algunos, por su generosidad, cariño y solidaridad o por su situación de pobreza, lo descubrimos fácilmente y con gusto, en otros, en cambio, por su hostilidad y egoísmo, nos resulta difícil ver su rostro. Es mucho más fácil ver a Cristo en un mendigo que en un intolerable familiar que tenemos en casa o en un compañero de trabajo que no nos quiere.

3. Los pobres y los excluidos como lugar de encuentro con Dios.

3.1. Los pobres como sacramento de la presencia de Dios

En los pobres adquiere un relieve especial de la presencia de Dios, porque El mismo se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres y, en Jesucristo, no sólo se identificó totalmente con ellos, sino que se hizo uno de ellos. Por eso son para nosotros lugar inequívoco de encuentro con El. Amarlos en sí y por ellos es amar a Dios.

La tradición profética del A. Testamento repite incansable que Dios está allí donde se protege al desvalido, se hace justicia al pobre y se ayuda al huérfano y a la viuda (Jr 22,15-16, Am 5, 21-24; Os 6,4-6; Is 58, 6-9)

El Ideario señala que los hermanos, especialmente los pobres, son sacramento de la presencia de Dios: “Porque el Padre se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres y el Hijo, que se identificó totalmente con ellos, continúa presente en los pobres, ellos para nosotros sacramento de la presencia de Dios y lugar inequívoco de encuentro con él” (Nº 40).

Con gran rotundidad, apoyado, por las palabras de Jesús en Mt 25, Pedro Casaldáliga dice que “los pobres son el único sacramento absolutamente universal y el único sacramento absolutamente necesario para la salvación”⁹³.

El pobre “es el sacramento en el que se historifica la palabra de Dios, en el que se revela el Dios cristiano mediante un acto nuevo de vaciamiento y anonadamiento. Esta revelación de Dios en el pobre no significa sólo una condición propicia para el descubrimiento y el conocimiento de Dios, es, sobre todo una provocación a la conversión, a la aproximación a Dios en el prójimo”⁹⁴.

En la vida de algunos santos se cuenta que se les apareció Cristo bajo la forma de un pobre al que habían socorrido, por ejemplo, a San Martín de Tours. En realidad, también a nosotros se nos

⁹³ P. Casaldáliga y J.M Vigil oc 59

⁹⁴ F. Martínez., *Teología Latinoamericana y teología europea. El debate en torno a la liberación.*,72-79.

aparece todos los días, pero no lo vemos; nos falta la vista penetrante de la fe, para ver cómo en el rostro del pobre se transparenta el rostro de Cristo.

El primer “sagrario” en el que Jesucristo dijo que iba a estar presente, no fue el del templo, creado siglos más tarde, sino el del pobre: “cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Una vez más hemos venido a parar al pobre. Lastimosamente, muchos asocian esta referencia al pobre sólo con el tercer mundo. La centralidad de la opción por los pobres no es una opción propia del tercer mundo, sino que pertenece a la esencia misma del seguimiento de Jesús, porque pertenece a Jesús mismo que en su encarnación y en su vida optó por los pobres hasta hacerse él mismo un pobre y morir como un proscrito. Él está con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt, 28,20), especialmente en el sacramento de los pobres (Mt 25, 34-41)

Por otro lado, personas y grupos empobrecidos los hay en todos los países del mundo. Innegables datos estadísticos nos dicen que hay más personas que pasan hambre en España que en Haití, que es el país más pobre de América Latina. Con la agravante de que la situación de pobreza en el primer mundo resulta más insultante por estar frente a frente con la sociedad de consumo. Además, en todas partes hay otros tipos de pobreza y de marginación, como la dura situación en que viven muchos emigrantes, el paro o desempleo, la drogadicción, SIDA, etc.

3.2. Los pobres como lugar de experiencia de Dios

Los pobres son fuente de espiritualidad porque son lugar de encuentro con Dios y con Cristo y, por tanto, lugar de experiencia de Dios. Son también fuente de espiritualidad, porque el encuentro con ellos nos impulsa a seguir a Jesús en su identificación con las personas y con la causa de los pobres.

La fe cristiana nos enseña que Dios está presente en los seres humanos, especialmente en los más débiles y que Cristo está presente de manera más viva y desafiante, en el pobre (cf. Mt. 25,35-40). A la luz de la fe, el cristiano descubre en los pobres la presencia desafiante del Siervo de Yahvé, del Cristo sufriente. Ellos son sacramento de la presencia de Cristo; una presencia tan real como en la eucaristía. El primer momento es de contemplación silenciosa y doliente de los empobrecidos, como si estuviéramos ante una presencia misteriosa que nos llama la atención. Enseguida esta presencia comienza a hablar. El Crucificado, presente en los crucificados, llora y grita: “Tengo hambre, estoy encarcelado” (Mt 25,31s). Como dijo el Vaticano II comentando este texto de Mt, “La Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo” (LG 8).

Por eso la conversión a Dios más inequívoca es la conversión al ser humano, sobre todo, a los pobres (cf. Jn. 3,17; 4,20). El encuentro con Dios está garantizado en la medida en que se le busque en los que no significan nada a los ojos de la sociedad: los pobres, los sencillos, los marginados. Esa impresionante descripción que hace el documento de la conferencia de Puebla de los rostros de niños, jóvenes, campesinos, indígenas, afroamericanos, obreros, desempleadas y ancianos marcados por la pobreza humillante, son el nuevo rostro de Cristo. El mismo documento dice que “en ellos deberíamos reconocer el rostro de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e

interpela”⁹⁵. Con todos esos rostros se podría hacer un verdadero vía crucis, quizás el más verdadero hoy día.

“El creyente tendrá que buscar a Dios no donde cada uno quisiera encontrarlo, sino donde realmente está. Ahora bien, “el Nuevo Testamento deslocalizó a Dios transfiriendo su morada desde el Templo hasta el cuerpo de Jesús. Pero este mismo cuerpo es el que muere en la cruz excluido. El excluido es, en adelante, el índice de su presencia... Dios se encuentra siempre fuera, con los que el mundo ha arrojado lejos de sí”⁹⁶.

Como dice un veterano teólogo europeo, damos culto a Dios tomando partido por los pobres. Dios “toma partido por los pobres y es parcial para con ellos; esta parcialidad se basa en la justicia a la que todos tienen derecho y que tiene que asegurarse ante todo a los que se les ha negado. Dios hace justicia a los pobres y es adorado mediante actos de justicia”⁹⁷.

3.3. Los pobres nos evangelizan

Los pobres no sólo nos evangelizan, sino que nos salvan. Es Cristo quien nos evangeliza a través de ellos, porque lo hacen presente. Como dice A. Torres Queiruga “La conclusión es clara e importante. El samaritano salvó al herido, el cual, a su vez, le trajo a aquél la salvación. En última instancia, es el necesitado quien nos salva. La necesidad del herido rompió la indiferencia del samaritano y le dio la ocasión de vencer su aislamiento egoísta”⁹⁸.

El encuentro con Dios y con Cristo en los pobres nos lleva al seguimiento de Jesús, que hizo de ellos los primeros destinatarios de su misión, y es para nosotros fuente de compromiso cristiano. Desde esta perspectiva, podemos decir que los pobres nos evangelizan, porque nos llaman a la conversión, a salir de nosotros mismos y a hacer de ellos y de su causa el centro de nuestras preocupaciones. Nos evangelizan porque nos impulsan a vivir la pobreza que hace bienaventurados (cf Mt 5,3) y a luchar contra la pobreza que hace desdichados, esa pobreza humillante que destruye a la persona humana. Estamos a favor de los pobres solamente cuando, junto con ellos, luchamos contra la pobreza injustamente creada y mantenida. El servicio solidario al oprimido significa entonces un acto de amor a Cristo que sufre.

“La presencia de Jesús en los pobres evangeliza a los evangelizadores trayéndoles a la memoria que Cristo está también en ellos y recordándoles la esencia del evangelio, que se resume en amor eficaz a Dios y al hermano. Descubriendo con mirada contemplativa el rostro de Cristo en los pobres y encontrándolo allí de una manera nueva que cuestiona profundamente y acaba con las seguridades, se ponen las bases de un servicio evangelizador renovado y en consonancia con el mundo en que vivimos”⁹⁹.

Aunque ya no sería necesario advertirlo, la opción por los pobres no excluye a nadie. Jesús no rechazó a los funcionarios del imperio en cuanto personas. Elogió la fe del centurión romano de Cafarnaún: "Les digo de verdad que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande" (Mt 8,10). El centurión romano que mandaba el piquete que ejecutó a Jesús hizo esta hermosa confesión

⁹⁵ PUEBLA, n.º 31

⁹⁶ Ch. Duquoc *El desplazamiento de la cuestión de la identidad de Dios a la de su localización*, en “Concilium”, n.º 242 (1992), p. 17

⁹⁷ J. Dupuis, oc 1494

⁹⁸ A. Torres Q. *Recuperar la creación*, p. 138

⁹⁹ C. Maccise, oc p.55

de fe: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15,39). Jesús eligió como discípulo a un funcionario que cobraba impuestos para el imperio o para los reyes que estos habían impuesto.

Esta práctica de Jesús contrasta con la actitud de quienes hoy tienden a excluir a todos los funcionarios del sistema o de la policía o del ejército como si estuvieran uniformados no sólo por fuera, sino también en sus sentimientos y actitudes personales más profundas y no pudieran ser seguidores de Jesús.

Para el diálogo:

- a) Paralelamente a la experiencia de encuentro con Dios que tenemos en la oración ¿La tenemos también en nuestra relación con los pobres?*
- b) ¿Por qué decimos que los pobres son sacramento de Cristo?*
- c) ¿Igual que adoramos a Cristo en el sagrario de los templos, ¿lo adoramos también en el sagrario de los pobres?*